

EL AURIGA DE HISPANIA



JESÚS MAESO
DE LA TORRE

Narrativas Históricas

Gayo Apuleyo Diocles, uno de los aurigas más famosos, pierde la memoria como consecuencia de un asalto, que poco a poco se descubre que responde a una conspiración a través de la manipulación en las carreras. Las autoridades le pedirán su colaboración para contrarrestar este plan. La novela nos descubrirá tanto la conspiración como la vida del auriga, que se irá reconstruyendo a medida que va recuperando la memoria durante la novela.

Esta vez Maeso nos rescata la vida de un hispano que apenas figura en la historia, porque no era político, ni militar, ni filósofo, y que sin embargo en su tiempo gozó de una fama extraordinaria. La descripción de la vida en el circo, de las costumbres de los aurigas y el relato de emocionantes carreras va acompañado de una subyugante trama de alta política que convierte la novela en una lectura sumamente gratificante y llena de sorpresas.

Índice de contenido

Roma (Primavera y verano del año 146 d. C.)

I. Una llamada inesperada

II. Justicia de Roma

III. En la cárcel mamertina

IV. Los libros Sibilinos

V. Lirios de Venus

VI. El pretor Mancía

VII. La ciudad desconocida

VIII. ¡Salve, Roma!

La memoria de Bóreas

IX. La trama

X. La apuesta

XI. La cítara de Apolo

La memoria de Gálata

XII. Sospechas

XIII. El archisinagogo de Roma

XIV. Jerusalén y libertad

La memoria de Borístenes

XV. La domus sestia

XVI. La colina de las musas

XVII. Cicuta de Sócrates

La memoria de Pompeyano

XVIII. Rayo de Júpiter

XIX. El compromiso

XX. La partida

Sobre el autor







ROMA

(Primavera y verano del año 146 d. C.)

I

UNA LLAMADA INESPERADA

El dueño de una de las más fastuosas villas de Preneste, un hombre dotado de distinguida presencia, alzó los ojos al oír el relincho de un caballo.

Sus pupilas se excitaron y aguzó los sentidos, pero sólo olió el nacimiento de la primavera. No recordaba aguardar la visita de nadie hasta la noche, en la que celebraría el banquete de las fiestas Parentalias en honor de Eneas el troyano, padre del pueblo romano.

El recién llegado fue conducido a una estancia exornada con estatuas áticas y candelas que parpadeaban ante las máscaras de los antepasados. El mensajero compuso una reverencia, dedicándole una mirada de admiración al anfitrión, que lo aguardaba en el centro de la exedra sumido en la duda.

—¡Salve! —lo saludó.

—Ave, Léntulo. ¿Qué te trae a Preneste? ¿Es que arde Roma quizá?

—Soy portador de un mensaje de tu amigo Aulio Galo Cimber, quien precisa con urgencia de tu inestimable ayuda.

—Siempre receló de los escribanos y prefiere las palabras —sonrió—. Los ruegos de Galo siempre serán escuchados con respeto en esta casa. ¿Le ocurre algo? Habla sin reservas.

—El asunto que te voy a anunciar precisa de total discreción.

—Salid y cerrad la puerta —ordenó a los esclavos.

Aunque en la expresión del enviado afloraba un matiz de circunspección, sus palabras aletearon inquietantes, como un mal augurio. El emisario avizó la cabeza en su derredor, recelando de la presencia de algún testigo inoportuno, y comenzó a narrarle en tono enigmático el motivo que lo había traído de Roma. Pero no bien hubo iniciado su perorata, cuando discretamente se entreabrió una cortina, y una mujer prestó atención a la conversación entre su esposo y el visitante.

—Galo te transmite el deseo de que la diosa Fortuna te favorezca en tu retiro, que no se atrevería a profanar si no fuera porque una artimaña de imprevisible gravedad se está urdiendo a espaldas del muy amado Antonino Pío.

—¿De nuestro emperador? —se extrañó visiblemente.

—Así es, *domine*. Resulta que Galo, en su responsabilidad como edil imperial, ha alertado al príncipe Marco Aurelio de una trama relacionada con nuestros intereses y encaminada a socavar las finanzas del Imperio.

—¿Tan grave es el asunto?

—Así lo cree Aulio Galo —insistió—. Sostiene que de nuevo la tribu hispana, como ya sucediera en tiempos de los divinos Trajano y Adriano, es hostigada desde las sombras y es preciso actuar unida frente a una anónima perversidad.

—Cuando se apela a la sangre se han de olvidar los provechos propios —replicó agriando el semblante.

—Galo te ruega encarecidamente que te reúnas con él a la hora tercia de mañana en la cercana casa de postas de Tres Tabernae, en la Vía Prenestina, y allí, lejos de oídos ajenos, te desvelará más detalles de esta espionosa cuestión que precisa de tu irremplazable concurso en Roma.

—¿Me necesita de veras? Si el motivo es tan grave, ¿por qué no ha advertido directamente al emperador a través

del Prefecto o de Julia Balbila, su amiga y confidente de la hija del César? —dijo—. Aulio pertenece al restringido mundo de las amistades de la princesa asiática.

—Deseará escuchar antes tu leal opinión —reconoció.

El insólito mensaje pareció sacudir la tierra bajo sus pies. Desconcertado, dio rienda suelta a las más inimaginables conjeturas, mientras negros pensamientos se precipitaban por su mente. Pero el deseo de Aulio Galo, persona muy apreciada por él, constituía el único aliciente que podría apartarlo de su irrevocable decisión de no regresar a Roma. Retirado del mundo, saboreaba los placeres de la vida sencilla y le costaba interrumpirlos.

—Además me ha entregado esta moneda, asegurándome que tú sabrás interpretar su significado —afirmó, adoptando un tono misterioso.

Y con parsimonia sacó de su faltriquera y entregó al dueño de la casa un denario de oro, que al exponerlo a su examen brilló diáfano cegando sus ojos. Reflexionó y recordó que había visto una pieza semejante cuando su amigo y César Adriano sofocara años atrás la rebelión de Judea y le fuera mostrada en las termas por el senador Lucio Cómodo, como botín de guerra. Luego, estupefacto, musitó las dos palabras grabadas en su anverso: *Jerusalén* y *Libertad*.

¿Qué significaba aquella extraña leyenda con la que el dueño de la casa parecía evocar un gravoso recuerdo?

Por una inesperada cabriola del destino, tres faros sugestivos lo convocaban de nuevo a Roma, uno era la nostalgia del emperador Adriano y la curiosa moneda, otro Aulio Galo, a quien quería como a un padre, y finalmente la hermosa Julia Balbila, a quien había mencionado, la más afamada poetisa y astróloga de Roma, cuyo lecho había calentado muchas noches, provocándole aún fascinación.

Su mujer, Camila, que seguía escuchando sigilosamente tras la cortina, se limitó a encoger el ceño, pues no ignoraba que a su marido y a la libertina Julia los unía una antigua y turbulenta relación amorosa, cuyas ascuas creía extingui-

das en el rescoldo de su corazón. Intrigada, meditó qué negocio de tan capital importancia habría impulsado a Galo a rogarle que quebrantara su promesa de no regresar a Roma hasta no saciarse de quietud y reposo.

No obstante, esperaba que se resistiera a aceptar la invitación. Ella se sentía feliz al verlo alejado de Roma, en aquel apacible vergel abrazado por los montes Albanos y las umbrías del Tíbur. ¿Acaso Roma no se había convertido en el trono de la vanidad donde hasta el aliento poseía su precio, una cárcel dorada en la que tan sólo importaba la consecución de una fortuna apresurada y no la honradez de la República? Pero sabía que su esposo no tenía elección, y aunque sólo fuera por saciar su malsana curiosidad, accedería a entrevistarse con su padrino.

Camila, alarmada, se esfumó silenciosamente por las pérgolas del jardín, sumida en una honda preocupación. Y entre suspiros, musitó:

—¡Que la divina Hera, protectora de esposos, nos preserve!

Después de unos instantes de juiciosa reflexión, el anfitrión se pronunció:

—Léntulo, me resisto a renunciar a mis excursiones a Baulas y Misena, a holgar en las termas de Nesis, y a ascender al amanecer al monte Pausílipo para presenciar el nacimiento del sol, como hiciera en algunas ocasiones junto al divino Adriano, pero no puedo negarme al deseo de tu amo.

—Puede que sea por poco tiempo —dijo, sabiendo que mentía.

—Trasmítele a Aulio Galo que no faltaré mañana a la cita.

La inquietada esposa del anfitrión se acordaba muy bien de Julia, a la que odiaba visceralmente. Camila se sentó en un escaño y recordó el día en que conoció a Julia y al que ahora era su esposo, hacía veinte años. El pecho le palpataba, mientras le brotaban las imágenes. Las percibía con niti-

dez, aun a pesar del tiempo transcurrido. Ella estaba allí en la villa de Julia, invitada con su padre Floro el Griego, el secretario del emperador Adriano.

Para la entonces joven Camila, aquella mujer era la mezcla perfecta de la sutileza y la erudición, aunque también de la perfidia femenina. Desde el primer instante le había parecido una encantadora de serpientes, una diosa salida de un recóndito *fanum*^[1] sirio dispuesta a devorar corazones de hombres. Su tentador retrato y la fama entre la aristocracia romana habían espoleado sus ansias por conocerla. Desde pequeña sentía una congénita pasión por las mujeres originales, a las que intentaba imitar, antes de ser invitada al Palatino a las fiestas del emperador. La jovencísima Camila no podía sustraerse al panal de miel que suponía para sus fantasías juveniles, ajena a que le aguardaba un volcán que conmocionaría su vida.

El ocaso se derrumbaba por el horizonte del Tíber, de donde ascendían las llamaradas de un sol agónico, cuando apareció el elegante patricio Galo Cimber acompañado de un joven con rostro de halcón y mirada soñadora que convulsionó los pulsos de sus venas, agitando su pecho como si galoparan dentro de él una manada de potros salvajes. Era el recuerdo más intenso de su juventud. La mirada soñadora del invitado denotaba despego de lo trivial, y la nariz aguileña y su carnosa boca, franqueza y sinceridad. Su mandíbula era angulosa y la frente despejada, en la que caracoleaban unos cabellos rizados y castaños, según la moda griega.

Camila jamás olvidaría la expresión candorosa del recién llegado ni la mirada de insensible pantera de la princesa. Las columnas resplandecían en abanicos de luz, prestándose de escenario a un coro de mujeres que danzaban con Julia al son de un arpa griega, y que bajo velos de Zedán, se contoneaban con impudicia.

—¡Ave!, la flor más olorosa de Oriente —la saludó Galo.

—¡Salve, querido Galo y a tu honorable compañía! —replicó jadeante—. Acomodaos y bebed mientras admiráis la danza de Adonis.

Según la inclinación del deseo, una mujer sabe cuando un hombre es hermoso si al contemplarlo siente que le arden las entrañas, y la garganta de Camila era una hoguera. Pero, para su desdicha, también percibió que el acompañante de Galo se quedaba fascinado con la figura de Julia. Miraba el diseño perfecto de su semblante, la clámide griega de color verdemar, los pies descalzos y la nitidez de sus rasgados ojos como hechizado. Se manifestaba como una soberana y su sonrisa negligente hizo que el corazón del joven amigo de Galo Cimber apurara sus latidos.

—Princesa, eres como el perfume de un sicómoro, y doy gracias a Mitra por haberte conocido —le dijo embelesado, y Camila sintió que la punzada de los celos le rasgaba el alma.

Los labios de la astróloga se abrieron henchidos de promesas, esbozando una sonrisa conquistadora, mientras rogaba a su aturdido huésped:

—Por favor, llámame siempre Julia.

Camila, entristecida, pensó que la confidente de Adriano podía helar el corazón del hombre que se acercara a ella. No obstante, su conversación era sugestiva y, tras un galanteo con el recién conocido, lo acarició sensualmente, sometiéndolo después a un exhaustivo examen sobre su vida.

A la cena habían acudido invitados asiduos de su casa, una princesa sármata rehén de Roma, de enfermiza figura y extravagante atuendo, el entonces senador Aurelio Antonino y su esposa Annia Faustina, que era tenido por estudioso de la cosmografía, ciencia en la que se había instruido en Susa, siendo procónsul en Siria, conocimientos que compartía con la bella anfitriona. Asistían también al banquete otros influyentes personajes de Roma que libaron en honor del emperador Adriano.

Julia ocupaba el triclinio de honor y entre la *gustatio* y la *prima cena* los deleitó con recitaciones de la *Eneida* y con versos de su propia inspiración que declamó con voz sugerente. Camila no le quitaba ojo y reparó en que mostraba una indisimulada atracción por el joven amigo de Galo. Con un gesto arrebatador, Julia se inclinaba sobre la bandeja y le ofrecía cerezas almibaradas, fruta que los enamorados se ofrecen en señal de amor, mientras un efebo, bello como Cupido, tañía una lira tendido en un diván de marfil.

Poco a poco se entremezclaron los senos desnudos, los ropajes vaporosos, los sedosos sexos, los mantos púrpuras, las curvas sinuosas, las muselinas, las togas con palmas de oro y los espesos maquillajes en un delirio de promiscuidad, al que la hija de Floro era ajena. Y Julia vino al fin a salvar su apurada situación.

—Quienes deseen conocer su futuro en las estrellas que me sigan al planetarium —los invitó, y la siguieron algunos comensales que aún se tenían en pie o no habían buscado pareja. Pocos repararon en los que seguían a Julia, entre ellos Camila y el recién llegado, que se dejaba llevar con docilidad movido por una complicidad sin límites con la hermosa astróloga. Camila observaba que el distinguido joven se sentía unido a aquella mujer de mirada felina con un ardor que rayaba el fervor, y que se sometía a sus deseos sin rebeldía.

Según los instintos femeninos de Camila, el joven se había prendido a los encantos de la princesa y a su estela de fascinación como el trueno sigue al relámpago. Reparaba con irritación en que todo su ser era atraído por la beldad asiática y, olvidando cuanto lo rodeaba, intentaba derribar sus muros, asediándola con galantería. Julia los condujo con ademanes de misterio a una estancia situada en el mirador de la casa, que ella denominó como *pyrateia* —el lugar que mantiene el fuego sagrado—. En Roma se decía que pronosticaba el futuro en un extraño ojo de cristal de

origen egipcio guardado por monstruos inanimados, pero siempre vigilantes. Encendió unas lámparas y el difuso claror puso de manifiesto la magnitud de sus tesoros personales: esferas de cristal de roca, figuras de coral negro, amuletos sirios, discos con los siete dioses astrales, cuernos de marfil y astas de narvales, que con la luz parecieron cobrar vida propia.

Algo insondablemente majestuoso los sobrecogió y sus gargantas trepidaron por la subyugante atracción que les inspiraba el misterioso planetarium.

Un estante de cedro del Líbano atesoraba tablillas de geomancia asiria y rollos que, según las palabras de la princesa, guardaban las enseñanzas de Hermes, Zoroastro, Demócrito y Ptolomeo, y un volumen de cuero que pregonaba con letras rojas como el Agatodemón egipcio, el hermético libro de los diez rangos místicos consultado por los astrólogos caldeos para sus adivinaciones.

Un universo de fantásticos arcanos transfiguraba el aposento en un lugar que infundió a los convidados una paz sosegadora; tenía forma circular y resultaba ser un sugestivo museo de arte y excentricidades. En unos anaqueles se ordenaban redomas en las que en griego podía leerse *baaras*, raíces contra los genios maléficos, calcedonia o antiveneno, ópalo de bactriana contra abortos y el venenoso cinamomo de Arabia. Julia se acomodó en un asiento y, en tono intrigante, les explicó:

—Aquí en este planetarium escribo mis versos, trazo las líneas del cosmos, los calendarios, los presagios de mis horóscopos y estudio los ciclos del cielo.

—Seductor lugar para consolarse con la búsqueda y el estudio —dijo el invitado.

—Las incógnitas de las estrellas me fascinan —les aseguró la anfitriona, mientras encendían las lámparas que alumbraban el techo.

Al instante la luz de las candilejas se encumbró hacia la techumbre iluminando una cúpula de cristal, un prodigio